

## El discurso del capitalista y sus efectos

Lic. Fernando Irasola.

El escrito confronta con la perplejidad que causa el vuelco social hacia discursos que prometen sufrimiento, sacrificios y carencias, en un contexto impulsado por el odio y la convicción de romperlo todo, que parece contradecir siglos de esfuerzos cartesiano-evolutivo que entronizaron la conciencia y la autopreservación como guías de conducta.

A mediados de su enseñanza Lacan (1969/70) presenta cuatro discursos: discurso del Amo, de la Universidad, de la Histórica y del Analista, y luego agrega un quinto, el discurso del Capitalista, al que exceptúa de los otros discursos por su particular relación con la verdad, ya no más inaccesible sino convertida en una especie de fetiche inamovible, absoluto universal que aportaría todas las respuestas, eliminando la imposibilidad y el fracaso; modos de la castración que son condición del giro entre los cuatro discursos.

“Ustedes saben -dijo el presidente a quien la Ley le pertenece- que prefiero decirles una verdad incómoda a una mentira confortable” Curiosamente esa verdad se llena de datos torcidos que, extrañamente, no conmueven su Verdad pero indican, en cambio, el sometimiento del goce a una relación discursiva que lo cambia de registro volviéndolo, de pronto, posible.

Pero, ¿Cómo se entrama este discurso en lo social? ¿Cómo una identidad de suplencia que tapa el agujero de goce profetizando la Verdad, desparrama efectos de identificación? En su comodidad, el neurótico se deja seducir por la Verdad, sus promesas de goce son difíciles de rechazar y prefiere, efectivamente, el refugio en una Verdad incómoda, a la confrontación con la imposibilidad y la inevitable incertidumbre que cada construcción discursiva, social y militante pone en juego.

Lacan propone abordar el problema desde su teoría del goce. Dirá que “lo que sea a expensas de la vida o bien de la muerte, es secundario. Que lo que sea a expensas del goce, he aquí lo primario” (1970, 417). Es decir que no es por el lado de las asimetrías en las relaciones de producción donde vamos a obtener respuestas, no es la *conveniencia* del trabajador o la toma conciencia

de su lugar en la sociedad, no es el bolsillo o lo material lo que importa, sino otro tipo de materia, la del goce entendido como producto del trabajo discursivo. Este producto Lacan lo llama *plus de gozar*, pues no es simplemente objeto sustituto que satisface y adormece, no es solamente *gadget*, artilugio o espejito de colores; no se lo obtiene por posesión de algo, no es un objeto positivo sino más bien una pérdida, un agujero a colmar; aunque nunca se logre porque si se lograra, la máquina discursiva dejaría de girar.

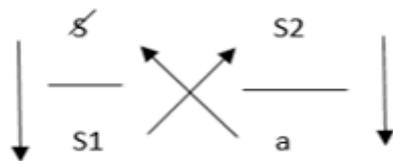
Los objetos con que se intenta obturar el agujero de goce, funcionan suturando de algún modo la falta, Lacan señala que esos objetos de consumo son también modos de identificación. El *plus de gozar* es un *para todos* que se concreta en el mercado del consumo donde obtenemos o creemos obtener, un plus para la procura de un goce con que aminorar la falta. Satisfacción anhelada, promesa de goce que el discurso articula, que buscamos sin que importen las consecuencias, sea para nuestro entorno, sea para nuestra economía que pagamos con tiempo de vida. Una vez emplazados en este discurso, quedamos todos entregando vida a cambio de un plus, no tanto de valor porque ese excedente no tiene valor de producción, sino de gozo faltante; satisfacción fugaz en la expectativa del próximo goce por venir. Una insaciable falta que ningún valor obturará nunca, porque no remite a un real objetivo sino a un real imposible. Este mecanismo hace funcionar el sistema de explotación irracional en todo orden, personal, social y político.

Confrontados en este punto con los límites del discurso del amo, su giro nos enfrentaría al síntoma histérico y al deseo. Pero puede suceder que nos encontremos con un impedimento en el decurso rotativo, una especie de congelamiento y radicalización del discurso del amo producto de un tratamiento distinto de la verdad. El discurso del capitalista consiste, justamente, en la evitación del fracaso y consecuente impedimento del giro de los discursos, se trata de una vertiente pervertida del discurso del Amo en cuanto reniega de la falta y el efecto de este cambio es que la impotencia “queda de repente liquidada” (1969/70, 192) y el significante amo es atacado en su imposibilidad.

Lacan dice que consiste en “apenas una cosita gira” (clase 10/02/71, 17). Pero esa “cosita” -la inversión en el discurso del amo, entre agente y verdad- es de la mayor importancia, porque malogra el fundamento mismo de

los discursos: su posibilidad de rotación. El imposible queda anulado y la verdad deja de ser *no-toda* al perderse la resistencia de la barra entre agente y verdad. Entonces el sujeto cree posible el acceso a la verdad y desde allí a la producción de un saber puesto a disposición del agente para la procura de objetos que imaginariamente obturan el resto llenándolo de compulsión.

### Discurso capitalista



A diferencia de los discursos fundados en la imposibilidad, donde el objeto *sutura* la falta dejando escapar un resto; nos encontramos con la renegación misma de la falta que se realiza mediante la producción de objetos que *obturán* el agujero y provocan que el goce cambie de registro volviéndose, de algún modo, posible y en esto radica el punto de máximo delirio: Un goce para todos, igualdad que unifica sin la salvaguarda de las diferencias, meritocracia que acomoda el mejor acomodado. Haciendo del amo un idiota anhelante de la producción de goce, en su imaginaria supremacía de posesión de una verdad a la mano, sin necesidad de la intermediación del deseo.

Si el discurso dependía de los efectos inconscientes debajo de la barra, el cambio producido por el discurso capitalista sería el impedimento mismo del discurso que, en vez de procurar lazo social por ejercicio de la función del deseo, produce certeza, y con ese efecto nos encontramos al confrontarlo: el delirio de certeza en su militancia, y las consecuencias identitarias en sus votantes. Unificados ambos por el odio que segrega a quienes no se juzga por sus diferencias sino por la atribución de un ser/casta de maldad a eliminar.

Si los discursos sitúan al sujeto en el lazo social precipitándolo en una identificación siempre precaria, señalada por la apertura del verbo en infinitivo; el discurso capitalista más que identificación promueve una identidad asumida como la única posible, al modo de una identidad de suplencia que se arroga la

potestad de una verdad disponible al saber, de la que no se duda y por eso se profetiza, pero en tanto que falso profeta porque la religión es discurso amo que subsiste a costa de dejar afuera lo ilimitado. Para el capitalista no existe esa restricción, la verdad está con él al modo evangélico -probablemente por eso esta rama de la religión se extiende rápidamente-. Dios-Verdad está con el devoto y lo acompaña siempre aportando respuesta con su fórmula infalible de libertad. Cualquier sacrificio es válido para imponer su evangelio, el capitalista en nombre de la verdad es capaz de sacrificarlo todo en su delirio de excepción. Tal vez por eso no sea casual el calificativo de *fenómeno* para el Supremo de la ley y su guarida de apóstoles locos de la verdad, investidos de una condición única, excepcional, de completa particularidad o singularidad irreductible.

¿Y para el resto de la humanidad? ¿Sus simples votantes? Ahí sí, la identificación; ante un hecho fantástico, único y distinto; algo así seguramente tiene que ser bueno. ¿Y cómo no dejarse seducir por las campanas de la verdad? Lacan (1969/70, 200) advierte, no amar la verdad, y mucho menos -dice- casarse con ella. Vemos que no es una recomendación fácil de seguir, la seducción es poderosa para quien supone saber en el lugar del Otro. Puede más la comodidad. Está descartado el tener que trabajar construyendo significación si el camino está allanado, para qué esforzarse si la respuesta está en un sistema que puede cortocircuitar el esfuerzo con criptomonedas o alguna otra promesa que realice el sueño de vivir sin trabajar. Entonces, el riesgo es asumido sin importar las consecuencias. ¿Qué importan las consecuencias para el discurso de la omnipotencia? Y sin consecuencias se abre la posibilidad de resetearlo todo para comenzar de nuevo. Si se destruye, no pasa nada porque no hay después. Pensamiento mágico que ofrece una solución abreviada ante la adversidad, que, de paso, siempre es ajena: si va mal la culpa será del otro, si va bien el mérito será propio.

Pero, a diferencia del *falso profeta*, el *cómodo* no reniega de la falta, sino que es seducido por promesas de goce, sueña con ellas, con un goce supuesto aunque perdido. El neurótico descansa en que la verdad existe, aunque no tenga la suerte de poseerla. Entonces prefiere dejar el trabajo en manos calificadas que lo guíen hacia el milagro del capitalismo financiero, sueños de

millonario que descartan cualquier construcción gradual en base al trabajo y la producción. La plata, se sabe, no se hace trabajando.

Dejamos abierta la pregunta por cómo salir de esta situación. Cómo recomponer un lazo social fundado en el deseo. Cómo reparar el discurso para que habilite al sujeto en función de un real que lo confronte con la angustia de ubicar la verdad como inaccesible sin que sea por ello relativa a cualquier conveniencia. Para que el agente deponga su certeza a cambio de un semblante. Para dar cabida al goce en su imposibilidad, sin obturarlo con objetos que impidan su sutura siempre a medias en el despliegue discursivo, a través de palabras, de narraciones que convoquen al deseo, al amor, en definitiva, a la transferencia.

### **Biografía.**

Lacan, J (1969/70) El Seminario XVII. *El Reverso del Psicoanálisis*. Ed. Paidós. Buenos Aires. 2009

Lacan, J. (1970) *Radiofonía*. En Otros Escritos. Ed. Paidós. Buenos Aires. 2012

Lacan, J. (1971) El Seminario XVIII. *De un discurso que no sería (del) semblante*. (Versión <http://staferla.free.fr>) (Rodríguez Ponte Trad.) Recuperado de <https://www.analitica-apb.com/la-logica-del-fantasma>. Inédito